

1. CARTA DEL RECTOR MAYOR

1.1 EN RECUERDO DE DON EGIDIO VIGANÓ: UN MENSAJE DE ESPERANZA

Roma, 1 de julio de 1995

El pasado 23 de junio de 1995, nuestro Rector Mayor don Egidio Viganó, séptimo sucesor de san Juan Bosco, volvía a la casa del Padre. Había muerto en la casa generalicia, asistido por sus hermanos Ángel y Francisco, confortado por la oración y el afecto de salesianos e Hijas de María Auxiliadora y rodeado de numerosos signos de estima de sus muchos amigos. El Santo Padre le había hecho llegar personalmente por teléfono una palabra de consuelo y su bendición.

El funeral puso de manifiesto la gratitud de salesianos y miembros de la Familia Salesiana a don Egidio Viganó por su infatigable servicio de orientación y animación, y puso de relieve la estima que gozaba en los ambientes eclesiales y civiles por su preparación teológica y su disponibilidad a la colaboración.

Hizo ver, sobre todo, la comunión que nuestra Congregación ha sabido crear en el mundo por sus comunidades y obras. Del mundo entero han llegado numerosos fax, telegramas y cartas de pésame y comentarios sobre la personalidad y la labor de don Egidio, firmados por personalidades ilustres y por gente sencilla.

Agradezco aquí muy cordialmente su adhesión a los inspectores, a las comunidades salesianas y a los salesianos que particularmente la han querido hacer llegar.

Se han hecho conmemoraciones en los muchos y variados lugares donde hay salesianos, y a ellas han asistido autoridades y pueblo. Particularmente significativa fue la que le dedicó la ciudad de Sondrio, su tie-

rra natal, el viernes 30 de junio. En la misma tomaron parte el Vicario del Rector Mayor y varios consejeros generales.

La herencia que nos deja, en continuidad con los anteriores rectores mayores y capítulos generales, es un tesoro inestimable de familia. Los oradores que han intervenido han subrayado sus aspectos más sobresalientes. Los amigos y la prensa han recordado su aportación a la reflexión pastoral del posconcilio y las empresas educativas que ha inspirado. Es prematuro intentar aquí un balance más completo, ni siquiera para la simple meditación. Se hará pronto en la carta mortuoria que se está preparando. Y nos servirá para el informe sobre el estado de la Congregación al próximo Capítulo General.

En cambio, parece más a tono con los acontecimientos transmitiros las últimas páginas que escribieron don Egidio. Durante su enfermedad mostraba con frecuencia su deseo de enviar a los hermanos una meditación sobre el sufrimiento como momento privilegiado de la caridad pastoral. El Viernes Santo envió un mensaje que decía: *«Queridos miembros todos de la Familia Salesiana en el mundo: En este día sagrado de misterio y sacrificio, me siento especialmente unido a vosotros. Llevo varias semanas en una clínica; nunca había tenido la experiencia del Viernes Santo como un día extraordinario del carisma de san Juan Bosco. Sumergirse en el misterio del amor de Cristo, abrumado por el sufrimiento de la carne: no se descubre un momento más apropiado para estar con los jóvenes, animar a los hermanos y hermanas y dar fuerza a la Familia Salesiana. Es muy poco lo que puedo ofrecerles, pero lo hago en este clima de viernes de misión y pasión. Os agradezco las numerosas oraciones y os mando a cada uno, con afecto fraterno, mi mejor felicitación pascual. Pidamos al beato Miguel Rúa que nos haga sentir su ir a medias con san Juan Bosco. Vuestro afmo. en Jesucristo vencedor.»*

Sólo se trataba de desarrollarlo. Habría tenido el tono y el mérito de una experiencia personal.

Nosotros le animábamos a ello, conscientes del valor que tendría una reflexión hecha en las circunstancias que conocemos. Los días que estuvo en la enfermería de la Universidad Salesiana, cuando parecía que se encaminaba hacia un cierto restablecimiento, pidió las notas que había tomado con anterioridad. Se proponía desarrollarlas y dar forma definitiva a su carta mensaje.

Pero le traicionaron las fuerzas. La reaparición de los trastornos funcionales, con el consiguiente debilitamiento general, le impidió entrar de lleno en el tema.

En su mesa hemos hallado seis páginas escritas a mano. Ni siquiera se trata del primer punto, sino sólo de la indicación de ideas que hilvanar. Aparecen las que más grabadas tenía en su corazón: Jesús buen pastor que da la vida por los suyos y que, en consecuencia, merece que Dios lo resucite; la caridad pastoral, la gracia de unidad, el “da mihi ánimas”, la contemplación salesiana.

Con los demás miembros del Consejo he pensado que tales páginas, aunque en estado germinal, son una especie de testamento “sui géneris”, fácil de comprender y precioso para quienes han conocido a don Egidio directamente o a través de sus escritos.

JUAN E. VECCHI
Vicario del Rector Mayor

* * *

Queridos hermanos:

Os veo dedicados en cuerpo y alma a la preparación del próximo XXIV Capítulo General: será otro paso adelante para la vitalidad del carisma de san Juan Bosco. Concentremos la oración, los sacrificios y la reflexión para un crecimiento en fidelidad a los orígenes y a nuestra época. En los últimos meses he experimentado personalmente lo que supone de nuevo en nuestra vida el estado de enfermedad al principio de la vejez. Es una especie de "inculturación" en el sufrimiento que abre una perspectiva diversa, pero inseparable y penetrante, sobre la identidad de la propia vocación y sobre los aspectos más vitales del propio carisma.

Para iluminar salesianamente esta peculiar experiencia, he querido leer de nuevo lo que sabemos de los últimos cuatro años de vida de san Juan Bosco: su vejez, marcada por no pocos sufrimientos, desde 1884 a primeros de 1888, es decir, de los 69 a los 72 años. Cuando cumplió 70, su debilidad y agotamiento eran tales, que un médico exclamó: «¡Es como si cumpliera cien!». Me he encontrado delante a un "fundador" que no cedía en sus altas responsabilidades de portador de un carisma concreto que se le había encomendado. A la propuesta de León XIII de buscarse un sucesor, prefirió la de un vicario con derecho a sucesión, cuidando así desde la cumbre, a pesar del sufrimiento, algunos aspectos vitales para toda la Congregación.

Impresiona la descripción de su estado de salud: de la vista a las piernas, de los pulmones a la insuficiencia en varios órganos vitales. Pero no se encerró en una enfermería para cuidarse, sino que demostró intrepidez espiritual e incluso temeridad para afrontar viajes agotadores, sin que para ello fueran óbice la prohibición de los médicos ni la resistencia de sus salesianos. Primero fue a Francia (marzo de 1884), poco después a Roma (abril-mayo); dos años más tarde a Barcelona (abril-ma-

yo de 1886) y Milán (septiembre de 1886) y, por último, de nuevo a Roma para la consagración del santuario del Sagrado Corazón.

Lo que más llama la atención en este modo de afrontar el sufrimiento es indudablemente su entrega en cuerpo y alma a la vasta obra que había puesto en marcha. A primera vista, aparecen las urgentes preocupaciones económicas (para el templo del Sagrado Corazón en Roma, para su empresa misionera, para las necesidades de los jóvenes pobres de sus obras, para no dejar deudas a su sucesor); sin embargo, hay también otra vertiente que le preocupaba: el asunto de los "privilegios" para su Congregación, la autenticidad del Sistema Preventivo (la célebre carta de Roma), el trabajo misionero, la fidelidad al Papa y la defensa de su magisterio, el testamento que debía dejar a los salesianos, los sueños sobre el porvenir de la Congregación. Nunca dejó de ser la cabeza y el corazón de su obra: predominaba en él la responsabilidad del "fundador", fortalecida por el calvario que estaba pasando: la luz de la cruz sobre la autenticidad del carisma.

Por mi parte, al meditar el testimonio tan excepcional de nuestro querido fundador y padre, he pensado concentrar la reflexión y la capacidad de orientación en un tema central de nuestro espíritu, que cada vez necesita más profundización, sobre todo después del reciente Sínodo sobre la Vida Consagrada.

Cuando Don Bosco volvía de su largo viaje a Barcelona, se detuvo en el seminario de Grenoble. En el discurso de bienvenida, le dijo el rector: «Nadie conoce mejor que usted en qué medida santifica el sufrimiento». Y Don Bosco comentó sutilmente: «No, señor rector; lo que santifica no es el sufrimiento, sino la paciencia».

En esta expresión hay una profundidad espiritual que muestra la identidad del verdadero espíritu salesiano, cuyo centro es la *caridad pastoral*. Ciertamente es hermosa la conocida expresión de *contemplativus in ac-*

zione, pero no expresa la totalidad del secreto del espíritu de san Juan Bosco, en quien, enfermo, brilla radiante el lema que había escogido para identificar su secreto: *da mihi ánimas*. Es la entrega de sí mismo por la salvación de los jóvenes lo que vivifica toda la existencia: la de la actividad y la de la paciencia. Es el verdadero aliento del alma salesiana, como dejó escrito el beato Felipe Rinaldi. En la impotencia física de nuestro Padre aparece vigorosa y clara la actitud permanente y totalizadora del *da mihi ánimas*: «Por vosotros estudio, por vosotros trabajo, por vosotros vivo; por vosotros estoy dispuesto incluso a dar mi vida». ¹ Tenía razón el beato Miguel Rúa al decir: «No dio paso, ni pronunció palabra, ni acometió empresa que no tuviera por objeto la salvación de la juventud. Lo único que realmente le interesó fueron las almas». ²

1 Cf. Constituciones 14

2 Cf. Constituciones 21

La observación de Don Bosco sobre la importancia de la paciencia nos sirve, pues, para comprender el verdadero significado de la caridad pastoral.

Aquí es obligado llevar nuestra reflexión al misterio mismo de Cristo, a su corazón, a los acontecimientos de su vida.

Más que hablar de *caridad pastoral*, como tema de reflexión abstracta, nos queremos volcar en el testimonio existencial de Jesucristo como *buen pastor*, es decir, con la óptica viva de un dato histórico que está en el origen de toda la vocación cristiana y que nosotros debemos percibir y profundizar para llegar a la raíz más honda de nuestro espíritu.

Se trata de una reflexión de carácter explícitamente cristiano, que no parte de conceptos, por sublimes que sean, sino del realismo de la historia: personas, acontecimientos, datos de hecho.

No olvidemos nunca que la fe cristiana nos concentra siempre en la historia; nos liga a una vivencia que es anterior a las elaboraciones conceptuales y a las mismas estructuras sacramentales.

Para comprender la caridad pastoral, primero hay que sentir los latidos del corazón del Buen Pastor en su existencia terrena, lo mismo que para comprender la Eucaristía hay que remontarse primero a los acontecimientos históricos del Calvario.

Así pues, para nuestras reflexiones hay un verdadero salto cualitativo de supremo realismo. La explicación de las consideraciones conceptuales y del significado objetivo de todo el orden sacramental se halla clara y objetiva en una realidad histórica anterior.

El Sínodo sobre la Vida Consagrada nos ha ofrecido la plataforma para este salto benéfico. En efecto, si la Vida Consagrada es constitutiva de la naturaleza de la Iglesia, debemos remontarnos al misterio de Cristo en sí mismo para explicar su origen y su identidad.

Podemos resumir esa consideración diciendo con seguridad que Jesucristo es el fundador de la Vida Consagrada y el iniciador de la pastoral de la Nueva Alianza.

Dos aspectos inseparables en él, manifestados en la más intensa *gracia de unidad* que podemos imaginar.

Recordemos lo que afirma Juan Pablo II en la exhortación apostólica *Pastores dabo vobis*: «El Espíritu del Señor está sobre mí (Lc 4, 18). El Espíritu no está simplemente sobre el Mesías, sino que lo llena, lo penetra, lo invade en su ser y en su obrar. En efecto, el Espíritu es el principio de la consagración y de la misión del Mesías: porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva... (Lc 4, 18). En virtud del Espíritu, Jesucristo pertenece total y exclusivamente a Dios, participa de la infinita santidad de Dios, que lo llama, elige y envía. Así el Espíritu del Señor se manifiesta como fuente de santidad y llamada a la santificación».³

Es aquí donde encontramos la revelación clave sobre lo que es la caridad pastoral en su primera fuente, la vocación fundamental de Jesucristo a ser el buen pastor: «Ha resucitado el Buen Pastor, que dio la vida por sus ovejas».⁴

³ Pastores dabo vobis 19

⁴ Misal Romano, antífona de comunión del IV domingo de Pascua

«El contenido esencial de la caridad pastoral es la *donación de sí*, la *total* donación de sí a la Iglesia». ⁵

5 Pastores dabo vobis 23

En el corazón de Jesús vemos que la consagración está vinculada orgánica y vitalmente a la pastoral.

En su ministerio público, Jesucristo se preocupó de formar un grupo de comprometidos por el Reino, eligiendo a los Doce para un servicio de caridad pastoral y dándoles una potestad de animación y una capacidad de influjo para que creciera vigorosa la gracia de unidad entre consagración y misión.

Es importante subrayar que entre consagración y ministerio apostólico hay, en la realidad histórica anterior a la estructura sacramental, un sentido vital por el que no hay ningún consagrado que no esté en unión orgánica con el ministerio apostólico y, viceversa, el ministerio apostólico está plenamente al servicio de los consagrados.

Si en el Sínodo los obispos, al hablar de los consagrados repitieron una y otra vez: *de re nostra agitur*, también los consagrados, cuando hablan del ministerio apostólico, deben repetir con alegría y convicción: *de re nostra agitur*.

EGIDIO VIGANÒ
Rector Mayor

1.2 MENSAJE DEL SANTO PADRE Y HOMILÍA DEL VICARIO EN LA MISA EXEQUIAL

La solemne misa exequial en sufragio de don Egidio Viganó, presidida por don Juan E. Vecchi, vicario del Rector Mayor, asistido por sus dos hermanos salesianos, don Ángel y don Francisco, los miembros del Consejo General y varios obispos salesianos, fue concelebrada por unos quinientos sacerdotes el lunes 26 de junio en el templo romano de san Juan Bosco. Asistieron a la celebración ocho cardenales (los tres salesianos de Roma —Rosalío Castillo Lara, Antonio Javierre Ortas y Alfons Stickler— más Eduardo Martínez Somalo, Pío Laghi, Eduardo F. Pironio, Achille Silvestrini y Adrianus Simonis), unos treinta obispos, la Madre General de las Hijas de María Auxiliadora con su Consejo, representantes de todos los grupos de la Familia Salesiana y numerosos jóvenes y gente sencilla que había acudido al templo para rezar por el séptimo sucesor de san Juan Bosco. Entre las autoridades civiles, merece un puesto especial el secretario general de la Presidencia de la República Italiana en representación de su presidente, Óscar Luis Scálfaro, que no pudo asistir por hallarse fuera de Italia.

El Santo Padre mandó por telegrama un mensaje, que leyó al principio de la celebración el cardenal Rosalío Castillo Lara. Decía así:

He recibido con pena la dolorosa noticia de la muerte del Rdm. don Egidio Viganó, Rector Mayor de esa Sociedad Salesiana de san Juan Bosco. Me uno de corazón al dolor que en este momento siente vuestra Congregación. Al recordar con admiración y afecto la profundidad de su preparación cultural, como eminente profesor de Teología de la Vida Consagrada e iluminado educador de los jóvenes según el mé-

todo de su venerado Fundador, doy gracias al Señor por haber dado a su Iglesia una figura tan modélica de sacerdote lleno de celo, generosamente entregado a la nueva evangelización del mundo contemporáneo y valioso colaborador de la Sede Apostólica. Elevo a Dios fervidas oraciones para que acoja a este su siervo bueno y fiel en el gozo de la eternidad que se merece quien, como don Egidio, ha gastado toda su vida en la plena dedicación a la gloria de Dios y al bien de las almas. Aprovecho esta ocasión para enviarle a usted, [don Juan Vecchi], a la Familia Salesiana y a cuantos en este momento comparten el dolor de su partida, el consuelo de la bendición apostólica, como señal de mi más sentido pésame en este momento de aflicción.

Juan Pablo II

Por su parte, don Juan E. Vecchi tuvo durante la celebración la siguiente homilía, que reproducimos en su totalidad.

Resulta extraño proclamar las bienaventuranzas en presencia de un féretro y ante una comunidad que ha sufrido una grave pérdida. Extraña porque las bienaventuranzas son constataciones de una felicidad que ya se disfruta y la enhorabuena por un bien presente y definitivo, más que un código de conducta y la promesa de una recompensa o una página didáctica.

Anunciamos que Dios hace hoy felices a quienes lo buscan, se abren a su presencia y le confían su existencia. Porque la vida aparece entonces como un don mayor de lo que podíamos esperar o desear, y nosotros captamos sus dimensiones más verdaderas: la gracia, la justicia, la alegría de la donación de sí mismo.

La raíz de esta felicidad —nos dice también la Pala-

bra de Dios— es el Espíritu que mora, actúa y habla en nosotros. Hace que nazca y se desarrolle la conciencia de que somos hijos de Dios. Hace que nos dirijamos a él con el nombre de “Padre” y que veamos la vida a la luz de esa relación.

Comenzamos entonces a vivir en la historia de otro modo, porque comprendemos que está llena de la misma presencia. Por la venida de Cristo, toda la realidad es como una parturienta que se halla a punto de vivir la experiencia de la maternidad y como un centinela que, con la cabeza erguida y la mirada fija, escruta el horizonte en espera del signo de liberación.

Es el testimonio de Dios a favor de la vida. Frente a él no resisten las dificultades pasajeras ni el agotarse de nuestras fuerzas.

La muerte en Cristo no anula la felicidad, sino que hace que madure su semilla. No es destrucción de lo que hemos tratado de hacer, sino su perfección.

Hoy, pues, llega a su plenitud, para don Egidio y para nosotros, lo que él trató de hacer y ofrecernos en su existencia terrena.

✧ Damos gracias al Señor, en primer lugar, por *la llamada a la vida salesiana* que el Espíritu hizo oír en su corazón de muchacho y por la respuesta que dio.

Don Egidio ha sido un hijo espiritual de san Juan Bosco: hijo, discípulo convencido, intérprete convincente y prolongación de su paternidad. En estos días se habla de muchas de sus cualidades y realizaciones; pero la gracia que unifica a todas en una fisonomía concreta es su vocación salesiana: es su índole propia, su código genético, el centro desde donde se plasma su identidad.

Su vocación, preparada en una familia de fe sencilla pero sustanciosa, floreció en el ambiente vivaz del oratorio. Esta obra, patria del carisma salesiano, quedó indeleble en su memoria, en su pensamiento e incluso en su lenguaje. “Oratoriano” es una referencia clave en su

reflexión carismática. Del "tipo oratoriano" conservó algunos gestos y gustos hasta sus últimos años; pero, sobre todo, iluminó los valores pastorales y espirituales del oratorio, como paradigma de vida y acción.

La experiencia misionera, según expresión de don Egidio, dio a este germen vocacional una mayor apertura a las culturas, a las geografías y a los problemas. Supo comprender que, bajo unas formas sencillas, había riquezas que podían servir para los contextos más variados, doquier se halle el hombre.

Su respuesta adquirió madurez en la formación, en la vivencia comunitaria y en la práctica pastoral; pero, sobre todo, fue llevada a una reflexión orgánica, basada en una confrontación incansable con las orientaciones de la Iglesia, los retos de los jóvenes y las corrientes culturales.

Este patrimonio de vivencia y meditación del carisma nos queda como herencia de su rectorado. Sus circulares, el comentario anual de los aguinaldos, la predicación de retiros, los diálogos personales y sus orientaciones de gobierno transmiten claridad y entusiasmo juvenil por la singular experiencia de Dios que nació con san Juan Bosco.

La historia del Fundador, la original inspiración evangélica que está en su base, la sintonía con la reflexión eclesial sobre la vida consagrada y la lectura de los signos de los tiempos fueron como reflectores para iluminar una realidad que siempre vio como un don del Espíritu a la Iglesia, abierto a expresiones inesperadas.

Tenía la convicción de que estaba frente a una mina de la que siempre es posible sacar nuevas riquezas, y a ello aplicaba la seriedad de su pensamiento, el latir de su corazón, su capacidad de comunicación y el esfuerzo de llevarlo a la práctica.

Amó el carisma; más aún, se sentía orgulloso de él. Nunca dudó de su futuro y fue juvenilmente entusiasta de sus realizaciones. Trató de comprenderlo siguiendo la vida concreta de la Congregación y de la Familia Sa-

lesiana real, a la que también veía como espacio donde el Espíritu sugiere y produce novedades: los interrogantes, retos, empresas, pruebas y desarrollos propios de nuestro tiempo.

Había en él un sentimiento casi espontáneo, que comentaban algunos de sus más próximos; lo recordamos ahora con modestia: para don Egidio, sin pretender comparaciones, lo salesiano y los salesianos eran siempre "lo mejor", como los hijos para sus padres. Era una clasificación de pertenencia, afecto y deseo. A sus hermanos de Congregación se los imaginaba extraordinarios y así los quería cultural y pastoralmente, sobre todo en medio de los jóvenes. Y daba a gracias a Dios por haberlo hecho padre de una familia así.

De este amor, guiado por la inteligencia y siempre abierto a realizaciones, han nacido algunas expresiones sintéticas que son como un concentrado de la espiritualidad salesiana: gracia de unidad, corazón oratoriano, éxtasis de la acción, interioridad apostólica, caridad pedagógica, método de la bondad, creatividad pastoral, evangelizar educando.

✧ Damos gracias a Dios porque *su palabra y su dirección nos han arraigado aún más en Cristo.*

La índole salesiana, que en él era una segunda naturaleza, tenía una fuente de alimentación: Jesucristo, el Buen Pastor que da la vida por los jóvenes. Nos ha enseñado a contemplarlo y a amarlo.

Cuando un periodista le rogó que le indicara su oración preferida, confesó que era la invocación eucarística: «Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor Jesús!». Era su meditación de cada día, que modulaba de mil formas según las experiencias, situaciones personales y acontecimientos: la muerte de Jesucristo como expresión suprema del amor de Dios al hombre y como crítica de cuanto se hace en el mundo para cerrarle los horizontes de la vida.

La resurrección, como inoculación de energía divina en la historia, transfiguración definitiva de la existencia humana, garantía de victoria para cada uno y para la humanidad, plenitud efectiva de la vida nueva.

La resurrección fue su tema preferido. Cultivar el gozo del amor de Dios y la seguridad del triunfo del bien era lo que creía más conveniente para un educador de jóvenes. Por eso apoyó, junto al vía crucis, la representación y práctica del "vía lucis", itinerario de meditación juvenil sobre la resurrección; por eso quiso un "collado de las bienaventuranzas juveniles" en la tierra natal de san Juan Bosco.

Desde el centro del misterio de la muerte y resurrección, su reflexión toma múltiples caminos: Cristo, modelo de nuestra caridad pastoral; Cristo, revelación del hombre donde inspirarse para el proyecto educativo; Cristo, fuente de la que brota la vitalidad de nuestra consagración; Cristo, energía de transformación para los jóvenes por la palabra educativa, los misterios celebrados y la amistad de testimonio del adulto.

Su palabra sobre Jesucristo es vigorosa y vibrante; es más una profesión personal de fe que una lección. Vale la pena oír un fragmento: «En Jesucristo se hizo presente para siempre jamás toda la Palabra. Él es el hombre nuevo, el Señor de la historia, el centro y la fuente de cualquier nueva dimensión profética. Cristo es el novísimo absoluto de la actuación de Dios en el devenir humano... A su luz se podrá ver, desde el interior de las mentalidades culturales, el aspecto cristiano de muchos temas de actualidad: amor, solidaridad, liberación y justicia, verdad y conciencia, sentido del pecado, conflictos y perdón».

✧ También damos gracias porque *nos ha situado en el movimiento vivo de la Iglesia.*

Su adhesión y conformación con Cristo lo llevaba a vivir cada vez más profundamente insertado en la Iglesia, 'humus' de los carismas, espacio privilegiado del

Espíritu, signo e instrumento de salvación. La veía como su familia, su casa materna. Seguía su vida y vicisitudes con alegría y fe, sin ingenuidad, pero también sin críticas inútiles para la pastoral, consciente de sus limitaciones humanas, pero también de su dimensión divina; punto de conjunción entre el misterio de Dios y la historia del hombre. En sus viajes la había encontrado como factor imprescindible de humanización y portadora del sentido de Dios.

De la Iglesia tuvo una experiencia singular en las cuatro sesiones del Concilio. Las vivió con intensidad como el hecho cumbre del Espíritu en nuestro siglo y habló de ellas una y mil veces, sin que por ello decayera su entusiasmo. Su colocación era siempre, según una expresión habitual en él, «en la órbita del Concilio».

Fue una conversión teológica, cultural y pastoral, que marcó definitivamente su mentalidad y su enseñanza religiosa. De él tomó las orientaciones doctrinales y las iniciativas prácticas de la Familia Salesiana, procurando discernir —en la oración, en la meditación y en el intercambio de experiencias— entre renovación perdurable y moda pasajera.

La vida de la Iglesia, en su tarea de comunión y en sus incumbencias dramáticas, la había palpado también participando en las tres sucesivas conferencias latinoamericanas de Medellín, Puebla y Santo Domingo y en los Sínodos de los obispos. Esta participación la veía no como un privilegio personal, sino como un regalo de Dios a sus hermanos y hermanas de religión.

Su esfuerzo y ilusión eran, efectivamente, que no viviéramos lejos o desinteresados de lo que hace el Espíritu en la comunidad cristiana: los carismas, la santidad, los movimientos de evangelización, el diálogo de la mentalidad cristiana con los problemas de la modernidad.

El sentido de Iglesia incluía un agradecimiento cariñoso al Papa por su servicio de animación a la comunidad cristiana y una adhesión de fe a su magisterio. No

era sólo un criterio de disciplina; lo consideraba un aspecto imprescindible de la caridad pastoral, que no puede concebirse fuera de la comunión y de sus puntos de referencia. Lo veía como un valor irrenunciable de la tradición salesiana; pero, como no ignoraba sus dificultades, lo iluminó con ejemplos y motivaciones adecuadas al contexto actual.

✧ Y damos gracias porque *nos ha mostrado con eficacia, en María Auxiliadora, la imagen de nuestra vocación a la consagración apostólica*, para que Cristo nazca en el corazón de los jóvenes mediante una educación inspirada en la bondad y en la ternura.

Inauguró su período de gobierno con una circular: “María renueva la Familia Salesiana”. Fue una inspiración que tuvo un Viernes Santo al contemplar a la Santísima Virgen al pie de la cruz. Empieza con una invitación singular: «¡Acojamos a María en nuestra casa y en nuestras comunidades, pero también en nuestros planes pastorales, en nuestra vivencia espiritual y en nuestros programas de educación!». Veía en ella el modelo de la plena disponibilidad a Dios y del servicio a los jóvenes, la imagen de la Iglesia en su virginidad y en su maternidad.

María Auxiliadora es la Virgen de los grandes comienzos: la encarnación o la revelación de Jesús en Caná; es la Virgen de las horas pentecostales o de renovación; es la Virgen de los tiempos difíciles. Es el estímulo a la audacia apostólica, a “empezar”, como san Juan Bosco, incluso sin la seguridad de los medios materiales, porque el Verbo nace siempre virginalmente.

En 1984 dispuso el acto de consagración de la Familia Salesiana a la Santísima Virgen y reconoció a la Asociación de devotos de María Auxiliadora como miembro de dicha Familia.

Todas sus circulares terminan con una página mariana. No se trata sólo de estilo. Quien las repasa hoy, encuentra en ellas el punto de encuentro de los tres

motivos que están en el centro de nuestra vocación: Cristo, el hombre, la Iglesia.

Las bienaventuranzas anuncian el cumplimiento pleno de todo esto para don Egidio, pero también la fecundidad histórica de cuanto él ha sembrado entre nosotros en pobreza, que es confianza en Dios, en pureza de corazón, que es disponibilidad a la voz del Espíritu, y en paz, que es servicio, comunión y amor.